



¿Qué más da?

RECOGIDO EN "De esto y de aquello" tomo III

A las veces nos ahoga la presión de la cobardía ambiente y no hacemos sino tachar de cobardes, de collones, á los más de los que nos rodean. La cobardía del español de hoy ha llegado á sernos un lugar común. Sobre todo su cobardía civil, la falta de lo que se suele llamar valor cívico. Que le lleva á la mendicidad y á la mendacidad. Porque todo cobarde es mendigo y todo mendigo es mendaz. El pordiosero es embustero.

Mas luego, recapacitando, nos damos cuenta de que mucho de lo que aparece como cobardía no es sino pereza, flojera, holgazanería, haraganería. El español de hoy, por lo menos el que hace como que se dedica á la vida pública, es perezoso, flojo, holgazán, haragán. Le gusta ocupar el puesto de mando, pero para no mandar, sentarse en la presidencia y no presidir. Que le dejen en paz.

Y entrando más de lleno en el escudriño del caso venimos á dar en que esa flojera, madre de la cobardía—y con ella de la pordiosería y la mendacidad—, tiene un fundamento físico ó corporal. Suele proceder de falta de vigor corporal, de enfermedad en algún grado. Son los nervios los que no están bien templados; es, acaso, el estómago el que no digiere bien; es el corazón de carne; es el hígado; es cualquier otra entraña.

Pero, ¿será esto así? ¿No tendrá á su vez lo del cuerpo su origen en lo del espíritu? ¿No es acaso el alma la que se hace su cuerpo, según enseñaban los animistas? ¿No habrá un pecado original, arraigante en el meollo del alma, que fragua la flojera del cuerpo con todas sus consecuencias? La gana ó el talante, ¿no arranca de algo ideal? Hubo en Holanda, entre los siglos XIV y XV, de 1380 á 1433, una mujer singularísima, tan flaca y enferma de cuerpo como robusta y firme de espíritu, que fué Santa Liduvina de Schiedam—Lidwine, que aquí se dice Ludivina y hasta Luzdivina—. De sus cincuenta y tres años de vida pasó treinta y ocho enferma, postrada en cama, hecha una llaga, sufriendo horrores carnales, desde que, á los quince años, se rompió, de una caída, una costilla.

Pues bien: esta mujer singular pedía á Dios que todos aquellos sufrimientos físicos que otros fieles no pudieran soportar con paciencia, sino que se vieran arrastrados por ellos á desesperarse y á maldecir, ó acaso blasfemar, se los pasara á ella. Y á su muerte le pidió que su cuerpo se derritiera y sirviese, hecho como aceite, para cebar la lamparilla que alumbraba ante el Santísimo. Fué el trasunto en mujer del santo Job.

¿No habría manera de que algunos españoles tomáramos sobre nosotros las indignaciones calladas de los demás y clamáramos por lo que otros callan? ¿O, mejor, que sufriéramos por lo que otros no sufren? Y si se nos dijere que el caso no es el de Santa Liduvina, pues que ésta pedía para sí sufrimientos que otros no podían soportar y que nosotros reconocemos que los más de los españoles no es que no los soporten, sino que no los sienten, diremos que el más terrible padecimiento es el de ese acorchamiento.

¿Y luego poder quemar el alma y que alumbre! Con lumbre de incendio. ¿Qué otra cosa hizo Don Quijote, el Loco?

Y á todo esto nos sale la terrible frase española, análoga al *nichevo!* ruso, el que engendró la revolución moscovita, la terrible frase de: «¿Qué más da?» Es la cifra y cuño del talante nacional. No lo del «¡No importa!», no, sino: «¿Qué más da?» El español de hoy, el de las santísimas ganas, el de la real gana—«¡No me da la real gana!»—, no dice, como el de la guerra de la Independencia: «¡No importa!», sino que dice: «¿Qué más da?» Y esta frase terrible nos lleva á perder la verdadera, la íntima independencia, la santa libertad cristiana.

«¡Valiente tonto!»—se nos dice—«¡Para lo que va á sacar!...» Pero es que no vamos á sacar, sino á meter; á meter, á enfresar nuestra alma en la de los que la tienen dormida, ó acaso muerta, y que viva allí, y allí, hecha como óleo, arda y alumbre. Que no hay luz sin fuego. Y lo decimos en estos tiempos de luz eléctrica. No, no hay lumbre espiritual sin fuego.

¡Pasión, pasión, Señor, pasión! Y más ahora, en que los del «¿Qué más da!», los conservadores á lo español—que es la más terrible de las conservadurías—, dan á cada paso en sacar el *chibelote* del apasionamiento. Pasión, Señor, pasión, ¡que es acción! Que activa, y muy activa, fué Santa Liduvina de Schiedam, postrada en el lecho del dolor, y activo, y muy activo, fué Job en su muladar. Y otra actividad santa es clamar por los que se callan é indignarse por los que se resignan. Que así lo quiere Dios.

Con nuestro «¿Qué más da?», con nuestro *nichevo!*, vamos á la nada, al vacío histórico, á la muerte civil colectiva. Y tiene uno que pogarse fuego á sí mismo para poder alumbrar á los demás. ¡Pasión, Señor, pasión!

MIGUEL DE UNAMUNO

Dibujo de Ricardo Marín

